

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

102

LETRAS LIBRES
JUNIO 2012

IN MEMÓRIAM

HA MUERTO CARLOS FUENTES

✎ ARTURO FONTAINE

“... Cuando Frida Kahlo entró a su palco en el teatro, todas las distracciones musicales, arquitectónicas y pictóricas quedaron abolidas. El rumor, estruendo y ritmo de las joyas portadas por Frida ahogaron los de la orquesta, pero algo más que el mero sonido nos obligó a todos a mirar hacia arriba...” Fuentes, que está ahí, ve en ella llegando a su palco del Palacio de Bellas Artes a oír *Parsifal* algo más, quizás una diosa azteca: “... quizás Coatlicue, la madre envuelta en faldas de serpientes, exhibiendo su propio cuerpo lacerado y sus manos ensangrentadas como otras mujeres exhiben sus broches...”

Así pensaba Carlos Fuentes. Pensaba con la imaginación, donde confluyen las razones de la inteligencia y las del corazón. Y *le coeur a ses raisons que la raison ne connaît point*. Le interesaba lo vivo. Y en el presente descubría vivo un pasado que nos moldea aunque no lo sepamos, y que vuelve. Lo histórico emerge no solo cuando el asunto lo hace evidente, como en *La muerte de Arte-*

mio Cruz y Terra Nostra, sino en casi todos sus libros, desde *La región más transparente* hasta los inquietantes relatos de *Carolina Grau*. A veces lo hizo de manera irónica, como en *La voluntad y la fortuna*: “Una revisión espectral, lúdica, de la idea de una novela que compite con la historia”, dijo Michael Wood en *The New York Times Book Review* (4 de febrero de 2011).

No es que haya sido simplemente un poco historiador, y por eso escribió, por ejemplo, *El espejo enterrado*: como novelista hallaba lo histórico y lo mítico oculto en las capas geológicas más profundas de nuestra psiquis. Fue un desenterrador de esos espejos. Su ensayo sobre Kahlo se cierra con esta inolvidable cita: “A todos les estoy escribiendo con mis ojos.” Tenía ojo de joyero para dar con la línea reveladora. Era un lector voraz y arriesgado.

Mientras Fuentes lee un libro, está relejando a la vez otros que vistos a través del que tiene en las manos cobran nuevos matices y dimensiones. Una novela nueva cambia las anteriores con las que entra en contacto. Nos cambia como lectores y por tanto cambia nuestra lectura. Es la historia de Pierre Menard. Después del *Qui-*

jote no se puede leer como antes el *Amadís de Gaula*. Después de *La cabeza de la hidra* no se puede leer igual una novela policiaca. Es lo que escribió Anthony Burgess en su comentario del *New York Times* (enero de 1979): “quizás la verdadera distinción de la novela reside en haber descartado para siempre las posibilidades del *thriller* de espías como una forma seria”.

En las novelas de Fuentes encuentro, en primer lugar, una energía desbordante. Ya en *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*, pero también en *La frontera de cristal* y *La voluntad y la fortuna*. Predominan protagonistas tipo Sorel en oposición a los pasivos, tipo Meursault, tan en boga en la juventud de antes (y de ahora, quizás). Esto me llamó la atención cuando lo leí por primera vez, en el colegio. Y todavía. El título *La voluntad y la fortuna* es representativo: hace pensar en Maquiavelo que valora la voluntad del príncipe, pero advierte que la mitad de sus logros depende de la diosa de la fortuna.

Quizás Artemio Cruz sea su personaje paradigmático. La trama de *La muerte de Artemio Cruz* está férreamente unida por su agonía, desde donde se van articulando momentos escogidos y cruciales de su vida. A su vez, esos episodios configuran tramas breves. Por ejemplo, Artemio Cruz y un indio yaqui que está herido son hechos prisioneros por el coronel Zagal, que va al mando de una columna de combatientes de Pancho Villa. Van en hilera, a caballo. El indio yaqui se las arregla para decirle a Artemio Cruz que pasarán por el tajo de una mina abandonada y que si logra escapar por esos chiflones no lo encontrarán jamás. Artemio Cruz decide arriesgarse para conseguir su libertad. Se tira del caballo y se pierde entre los vericuetos oscuros y húmedos de la mina. Oye unos tiros, luego gritos, luego la carcajada del coronel Zagal y un chiflido. Después, nada. Cuando Cruz

regresa a la entrada, la han tapiado con piedras pesadas. Lo han dejado encerrado ahí adentro. El lector sigue los momentos que se suceden con terror. ¿Por qué nos ocurre esto si sabemos que Artemio Cruz sobrevivió y llegó a viejo y recién ahora, décadas después, agoniza y recuerda? Por cierto, Artemio Cruz logrará encontrar una galería estrecha y se arrastrará hasta dar con algo de luz y aire. Justo cuando el lector respira aliviado de poder salir con su héroe de ese encierro, la situación gira ciento ochenta grados: quienes acampan allí y guitarran son los mismos soldados villistas que lo llevaban prisionero.

Uno sucumbe al encanto de ese relato en estado puro. A la vez, se nos revela quién es Artemio Cruz, qué formidables adversidades es capaz de vencer su voluntad, y qué frágil es su victoria. El personaje y la trama, cuando están bien contruidos, son dos caras de la misma moneda. Hegel sostiene que el personaje moderno encarna “la energía y la perseverancia de la voluntad y de la pasión”. ¿Artemio Cruz?

Las novelas de Fuentes son polifónicas, son estructuras corales, abiertas. Hay sincretismo y hay barroco. Le gustaba concebir las como un ágora, en oposición a los relatos cerrados, que tienen un solo foco y avanzan hacia su clímax sin desviarse y con determinación inexorable. Se construyen a partir de la brecha que existe entre el impulso subjetivo del protagonista y el mundo tal cual es. Para Hegel las novelas deben tener un desenlace en el que “la prosa sucede a la poesía, lo real a lo irreal”.

Pienso en lo que Aura es para Felipe:

Al fin, podrás ver esos ojos de mar que fluyen, se hacen espuma, vuelven a la calma verde, vuelven a inflamarse como una ola: tú los ves y te repites que no es cierto, que son unos hermosos ojos verdes idénticos a todos los hermo-

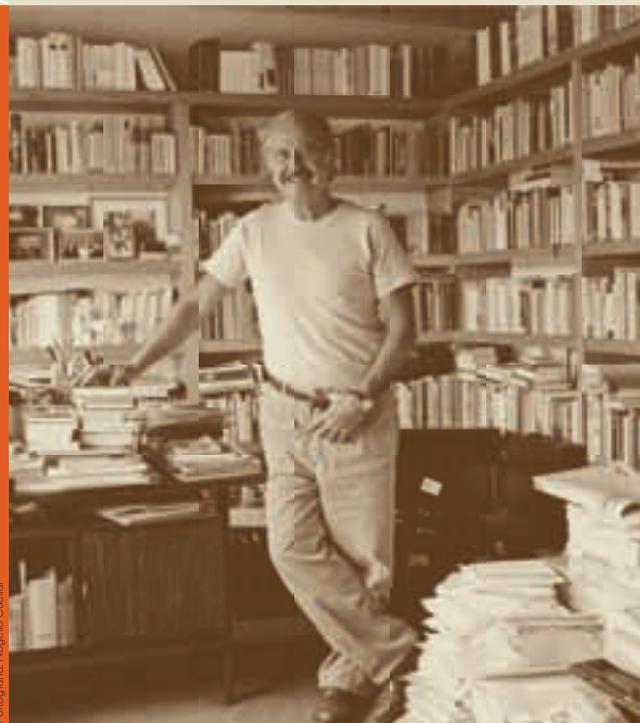
sos ojos verdes que has conocido o podrás conocer. Sin embargo, no te engañas: esos ojos fluyen, se transforman, como si te ofrecieran un paisaje que solo tú puedes adivinar y desear.

En ese instante la vida de Felipe cambia y se pone en marcha la historia. Avanzamos, como una cascada, hacia un desenlace de belleza alarmante e inexplicable.

Pienso en “El amante del teatro”, cuento de *Inquieta compañía*: “Todo cambió cuando apareció ella”, cuenta O’Shea. Así surgen las expectativas. Está en el edificio de enfrente, es decir, separada por un abismo. Al principio fue solo una luz detrás de las cortinas antes oscuras. Ese departamento llevaba años vacío. Ahora ella va y viene. Y, claro, no lo ve (¿no lo verá?). Eso lo hace libre. Puede investigar sus horarios y rutinas. Un día la ve abrir las cortinas. “Me bastó bajar la mirada hacia sus senos prácticamente visibles debido a lo pronunciado del escote, para descubrir en ellos una ternura que no me atreví a calificar.” El espectador, enamorado, quiere seguirla segundo a segundo. Acomoda su vida a la de ella. Parece hacerle gestos. No se atreve a tocar su timbre. O’Shea va a ver un *Hamlet*. Y ahí está ella, en la escena. No hay duda. Es Ofelia. Y ella lo mira y lo ve. Cuando la dulce Ofelia, sumergida en la corriente del río, se abandona a la muerte, le lanza una flor. Ha cruzado el abismo que separa la ficción de la vida. Los acontecimientos se precipitan, entonces, de manera trágica y desconcertante. El cuento se bifurca en dos versiones distintas, se abre como un campo de posibilidades. Fuentes invita al lector a escoger el final, a crear con él.

Esa distancia entre deseo y realidad, ese choque y esa transformación es lo que Fuentes no se cansó jamás de explorar como escritor.

Fuentes era un animal omnívoro: la literatura, pero también el cine, la pintura pero también la



Fotografía: Rogelio Cuellar

+ Carlos Fuentes en su estudio.

historia, y el teatro y la música y la filosofía y la política y la arquitectura y la fotografía.

Fue su voz suave la que reconocí en el teléfono el viernes 4 de mayo pasado. Mi memoria retrocedió a esa sala de Columbia University, donde Fuentes daba su clase y yo era uno de sus muchos alumnos. Lo seguíamos absortos, aunque nos distraía, a veces, la serena belleza de Silvia, su mujer. Leímos el *Quijote*, *Tristram Shandy*, *Rojo y negro*, *Madame Bovary*, *Un corazón simple* y el *Ulises* de Joyce. Yo era un joven estudiante que intentaba ser escritor y había sido amedrentado por el *nouveau roman* de Robbe-Grillet y la revista *Tel Quel*. Encontrarse con ese curso de Fuentes fue para mí sentir que resucitaba el viejo oficio de contar.

Nació allí una amistad con él y con Silvia, periodista culta y sensible y cinéfila. A veces pasaba mucho tiempo sin contacto alguno. Pero volverse a ver era siempre reanudar la conversación como si no hubiese sido interrumpida. Me dijo que estaba en la feria de Buenos Aires y que acababa de cambiar el vuelo, que quería visitar a sus amigos chilenos. Y así fue como se encontró con los escritores

Carlos Franz, Antonio Skármeta y Sergio Missana, el filósofo Martín Hopenhayn y el expresidente Ricardo Lagos. No resultó la cita con el filósofo Roberto Torretti, pero hablaron largo por teléfono.

A Torretti, como a José Donoso, los conoció en The Grange, su colegio mientras vivió en Chile. Una gestión suya permitiría, mucho más tarde, que Donoso se publicara en inglés. Comiéndose unas machas el lunes, al almuerzo, me habló de Mrs. Balfour, la profesora que lo introdujo a la literatura inglesa. Ese cruce en su adolescencia de las literaturas inglesa y castellana fue determinante para su vocación, me dijo. También la experiencia de las luchas políticas en la democracia chilena. Desde entonces se ubicó a la izquierda. Años después, Fidel Castro lo ilusionaría y desilusionaría. Llamó a Chávez “un Mussolini latinoamericano”. Era un socialdemócrata al estilo de Felipe González o Ricardo Lagos. Hablamos del cine mexicano actual, de los guiones de Guillermo Arriaga y de Tolstói, de Kundera, de Rulfo, de Quevedo, de Santiago Gamboa, de Hollande, de cómo ordenar los libros en la biblioteca, de Veracruz... Estaba lúcido y vibrante como siempre. Se embarcó el martes 8 a la ciudad de México. Fue su despedida.

Fuentes fue grande en sus defectos y grande en sus virtudes. Tenía un espíritu inquieto, inteligente, voluntarioso y alerta a los demás. Era un hombre atrayente. Según Donoso, muchas mujeres interesantes sucumbían a su encanto. Doy fe de su inmensa generosidad en la amistad.

No sé bien qué encarne Artemio Cruz como personaje, pero intuyo que su fondo es la vida real. No quisiera simplificarlo. Pero hay una frase que escribió Terencio en su viejo latín y que dice más o menos así: “Soy hombre y nada humano me es ajeno.” Creo que eso puede decirse de Artemio Cruz. Creo que también de su creador, Carlos Fuentes. —

ELECCIONES FRANCESAS

FRANCIA ATRAPADA POR LAS UTOPIAS

✎ GUY SORMAN

La política francesa ya no está en el centro de la historia de Occidente, pero sigue manteniendo una influencia y un significado que van más allá de sus fronteras nacionales. Desde el siglo XVIII, pasando por el papel épico de De Gaulle en la Segunda Guerra Mundial y la descolonización de África, hasta el “movimiento” estudiantil de mayo de 1968, Francia ha sido con frecuencia un laboratorio de profundos cambios sociales que afectarían a toda Europa. Es posible que lo mismo haya sucedido en la reciente elección presidencial: el idiosincrásico presidente Nicolas Sarkozy ha sido sustituido por el aburrido y burocrático François Hollande.

El nuevo presidente francés hizo saber a todos sus votantes, como parte de su atractivo de campaña, que él sería un presidente “normal”, en contraste con todos sus predecesores desde la fundación de la v República, en 1958. Esto puede ser una señal significativa de que las naciones democráticas han desarrollado cierto recelo a la posibilidad de ser lideradas por presidentes o primeros ministros extravagantes y carismáticos, a la manera de los ya retirados Sarkozy o Berlusconi. Si observamos el conjunto de Europa, ninguna democracia es liderada actualmente por una fuerte personalidad carismática: Europa no tiene en el timón a Sarkozy ni a Berlusconi, pero tampoco a Thatcher, Helmut Kohl o José María Aznar. En un momento en el que existe una percepción unánime de la crisis europea —una crisis económica e institucional—, todos los líderes europeos parecen, bueno, extremadamente normales. Los france-



✦ Hollande, la hora de la verdad.

ses, que solían enamorarse de líderes fuertes o al menos idiosincrásicos, se han vuelto normales, como cualquiera.

Después de todo, ¿no deberíamos celebrar la victoria de la normalidad sobre el carisma en los regímenes democráticos? La democracia consiste en ciudadanos normales que eligen candidatos normales por un período de tiempo limitado. Con todo, ¿y si no estamos en tiempos normales, como el propio Sarkozy le espetó a su normal adversario durante la campaña? La normalidad de la mayor parte de los líderes europeos coincide, lamentablemente, con una notoria ausencia de visión y estrategia a largo plazo. En caso de que alguno de estos líderes normales tenga una estrategia a largo plazo para Europa (¿tienen una Van Rompuy o Lady Ashton?), parecen extraordinariamente incapaces de transmitirla al pueblo europeo. En el significativo caso de François Hollande, los raros atisbos de una visión global que hasta el momento ha podido elaborar mandaban a Francia de vuelta a la socialdemocracia que fue popular y bastante exitosa en los años sesenta: un fuerte Estado del bienestar, construcción de infraestructuras para relanzar el

crecimiento económico y crear puestos de trabajo. Hollande, de hecho, devuelve a los franceses a los idílicos sesenta, una época de rápido crecimiento, demografía dinámica, poca inmigración y falta de competidores, previa a la globalización.

La utopía de Hollande, que el nuevo presidente francés intentará compartir con los demás líderes europeos, nos devuelve a un mundo que ya no existe. Esta nostalgia por cosas pasadas es inquietante cuando, al mismo tiempo, Francia y otras democracias se enfrentan a los verdaderos retos contemporáneos y, más ominosamente, a utopías alternativas que surgen de la extrema izquierda y la extrema derecha. Retrospectivamente, las elecciones presidenciales francesas de 2012 podrían recordarse no tanto como las de la victoria de Hollande, sino como el principio de la Larga Marcha de los llamados partidos populistas hacia la toma del poder o, al menos, al ejercicio de una influencia decisiva en la política europea. En la primera vuelta de las elecciones francesas, la extrema izquierda —una variopinta colección de comunistas, anticapitalistas, trotskistas y ecologistas radicales— consiguió alrededor del 14% de los votos. En la extrema derecha, el Frente Nacional liderado por Marine Le Pen, lo más cercano que tenemos a la vieja ideología fascista, alcanzó su máximo histórico con un 18% de los votos. Sumados, han atraído a un tercio de los votantes franceses. ¿Es legítimo sumarlos cuando simulan ser enemigos acérrimos? Resulta que tienen mucho en común, en primer lugar por su oposición a la dirección general de las políticas mayoritarias francesa y europea: no al libre mercado, no a la Europa liberal, no al euro, al capitalismo, a la globalización. Ambos lados tienen sus raíces en un pasado idealizado: la Revolución francesa y su vena igualitaria en el caso de la extrema izquierda,

y el Imperio francés y su dominio sobre la gente de color entre la extrema derecha. Ambos proponen soluciones irreales, como cerrar las fronteras a la competición extranjera, suprimir el capitalismo y los mercados financieros, o mandar a los inmigrantes de vuelta a sus países. Ambos son, de hecho, fuertemente nacionalistas, porque están persuadidos de que Francia debería actuar a solas, sin tener en cuenta el mundo exterior. La convergencia va más allá de la común irracionalidad de sus programas: tanto la extrema izquierda como la extrema derecha encuentran sus votantes fieles entre el gran número de franceses que se sienten desengañados de la política tradicional, que suelen ser pobres, con frecuencia desempleados o con un futuro desolador. Por lo tanto, las utopías, de extrema izquierda o de extrema derecha, atraen a un tercio de la nación que no percibe oportunidades para sí en una sociedad abierta.

La normalidad de Hollande puede parecer una respuesta pobre a esas masas populistas. Lllamarles populistas no es un análisis satisfactorio, porque el malestar que expresan a través de esas aspiraciones utópicas se basa en miedos reales y legítimos. ¿Hasta qué punto reales y legítimos? A causa del lento crecimiento y la globalización, todas las sociedades europeas —y también, ciertamente, la estadounidense— se han dividido claramente en dos nuevas clases: el estrato superior puede prosperar gracias a una buena educación, trabajos relativamente buenos, buenas conexiones sociales y capital social. El estrato inferior sigue atrapado en trabajos menores, o carece de empleo. El estrato inferior es el que se enfrenta directamente a la competición de inmigrantes, legales e ilegales, procedentes de países africanos pobres.

Ningún líder europeo, y eso incluye a François Hollande, explica o siquiera menciona esta nueva

división entre los que tienen y los que no: Hollande y Sarkozy eran representantes del estrato superior y ambos miraban por encima del hombro al estrato inferior, como una reserva de votantes a los que seducir, no como una nueva clase desamparados. Esta falta de análisis de lo que realmente significa el populismo convierte las elecciones francesas y lo que venga a continuación en un signo ominoso de la ceguera del liderazgo europeo. Volver a la vieja y conocida socialdemocracia de los años sesenta, tan querida por Hollande, parece un caso de nostalgia infantil cuando un peligro real amenaza el tejido de las sociedades europeas. —

© Project Syndicate

TRADUCCIÓN DE RAMÓN
GONZÁLEZ FÉRRIZ

ARGENTINA TRAICIONERA REALIDAD

✎ JORGE SUÁREZ VÉLEZ

Hace veinte años, tuve la oportunidad de trabajar en la oferta pública de acciones de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) que se realizó después de su privatización, en 1993. De primera mano —trabajaba en el banco japonés Nomura, entonces el más grande del mundo—, constaté la muy positiva reacción de aseguradoras, fondos de pensiones y otros grandes inversionistas de Japón, Australia, Nueva Zelanda, Suiza, Inglaterra y Escocia.

El gobierno de Carlos Saúl Menem había lanzado un agresivo plan para privatizar empresas estatales, invertir en infraestructura e insertar a su país en la modernidad. El ministro de Economía, Domingo Cavallo, recibía a los grandes inversionistas en Buenos Aires y proveía de robustos argumentos a quienes tratábamos de que el flujo de inversión global privilegiara a América Latina sobre el también ascendente sudeste asiático. En las juntas que teníamos los

ejecutivos de la nueva empresa y miembros del gabinete de Menem, los potenciales inversionistas preguntaban cómo tener certidumbre en un país que había transitado de las estatizaciones de Perón en los cuarenta y cincuenta a las ignominiosas dictaduras militares de los setenta y ochenta. Cavallo respondía que la lección estaba aprendida. Argentina quería ser un país internacionalmente competitivo y eso se lograría estimulando a las empresas privadas. Los inversionistas preguntaban sobre el riesgo de controles de cambios; el ministro respondía que ellos entendían que el capital solo entra en países donde se tiene la certeza de que podrá salir de vuelta. Los inversionistas aplaudían, al igual que los políticos locales, incluido Néstor Kirchner, gobernador del estado de Santa Cruz.

YPF habría de sufrir un fuerte revés en 1995 con la trágica muerte de su presidente, José Estenssoro, cuando volaba sobre Ecuador. Esto ocurría en un momento crucial para la empresa, que intentaba adquirir a la compañía texana Maxus Energy con la intención de convertir a YPF en un contendiente global. Además, el vertiginoso despegue argentino habría de sucumbir pronto por la camisa de fuerza cambiaria que se impuso el gobierno, por los altos niveles de corrupción gubernamental y por el regreso del voraz estado clientelar. En 1999, la española Repsol tomó control accionario de YPF, en medio de un entorno global complicado por la crisis asiática de 1998. Repsol podía conseguir crédito en los mercados internacionales a precios y en montos que no eran accesibles para Argentina, cuya situación empezaba un deterioro que culminaría en la suspensión del pago de cien mil millones de dólares de deuda pública, declarada en 2001.

País ejemplar diez años antes, la relación de Argentina con el mundo cambió, yendo en sentido opuesto a los demás. Se peleó con



+Crónica de una expropiación anunciada.

los inversionistas internacionales en un momento en el cual la inversión extranjera directa empezaba a crecer de forma exponencial. Argentina se fue volviendo cada vez más una isla, un anacoreta que al no tener acceso a mercados internacionales de crédito tiene menores incentivos para jugar con reglas globalmente aceptables. Comenzaron los controles de precios, que incluían gasolina, gas para uso doméstico y electricidad. Obviamente, al subsidiar precios de cualquier producto, la demanda crece, lo cual, aunado a un ambiente poco propicio para invertir, acabaría garantizando la imposibilidad de autoabastecimiento. Aerolíneas Argentinas se estatizaría, así como AySA (proveedora de agua), que hoy pierden cerca de mil millones de dólares al año siendo administradas por el gobierno. El servicio postal también fue nacionalizado, lo cual sirvió de paso para asestarle un golpe al Grupo Macri, propiedad del padre del principal político opositor a Kirchner.

Algunas empresas internacionales optaron por salirse, sabiendo que era solo cuestión de tiempo que corrieran la misma suerte. Pero Repsol decidió una estrategia alternativa, que probaría ser errada: escuchó el canto de las sirenas entonado por el presidente Kirchner, quien sugirió en 2007 un blindaje a través de la sustancial participación accionaria al Grupo

Petersen, propiedad de la familia Eskenazi, parte de la oligarquía cercana al mandatario. El grupo acabó haciéndose de una cuarta parte de la empresa a cambio de... nada. Recibieron un crédito —de varios bancos y del propio Repsol— por 3,400 millones de dólares, que tendría que ser pagado con dividendos provenientes de la propia petrolera (en este momento, siguen debiendo alrededor de 1,200 millones de dólares que tenían como colateral a las propias acciones de YPF, cuyo precio está en caída libre, una situación nada envidiable). Ciertamente, hasta el deceso de Néstor, en octubre de 2010, el blindaje funcionó, pero Cristina respondería a otros intereses y compromisos.

Hay elementos difíciles de entender entre los argumentos de Cristina Fernández de Kirchner para estatizar la mayor parte de la participación de Repsol en YPF. La queja es que la producción de la empresa cayó y llevó a que el país importara hidrocarburos por primera vez en diecisiete años. La producción se redujo de 45.4 millones de metros cúbicos a 35.3 millones, lo que equivale a un tercio de la producción total del país. Pero esa caída no es exclusiva de YPF. Otras empresas estatales ineficientes, como Pemex y PDVSA, sufrieron el mismo problema, ambas con el mismo origen: estados que demandan altos “dividendos” y acaban dejando pocos recursos para rein-

versión, exploración y mantenimiento. En los casos mexicano y venezolano, las petroleras tienen que alimentar al fisco. En Argentina, la falta de inversión proviene, además de la necesidad de repartir dividendos elevados para permitir que los Eskenazi paguen su deuda, de los mínimos incentivos provistos por un mercado local que impide que la gasolina y el gas se vendan a precios internacionales. Ninguna empresa sería invertiría en un país que impone esas condiciones; a pesar de ello, la inversión de Repsol en YPF fue creciente (según cifras de Repsol, se adquirieron bienes productivos por 2,990 millones de dólares en 2011). Es poco creíble la justificación de la estatización con ese argumento, además, pues si YPF es solo un tercio de la producción total del país, sería razonable estatizar con el mismo criterio a las otras multinacionales que participan en el mismo mercado y cuya producción ha caído proporcionalmente más que en YPF.

Este es un momento de libro de texto para gobiernos proclives al populismo: los precios de las materias primas alcanzan máximos históricos, mientras la situación fiscal del país es endeble. Se vuelve tentador violar títulos de concesión o cambiar el tratamiento fiscal para pedir más a empresas extractivas sujetas a concesiones públicas cuando estas más se benefician de altos precios internacionales. El populismo entiende poco de inversión. ¿Estarían dispuestos los mismos gobiernos a dar subsidios a esas empresas privadas cuando los precios de minerales y otras materias primas estén en la parte opuesta del ciclo? Las víctimas —las grandes empresas multinacionales— despiertan poca simpatía. Tienen en general acceso en este momento a cuantiosos recursos por su crédito a tasas históricamente mínimas y porque, al haber caído la demanda proveniente de Europa y Estados Unidos, invierten menos (por ello, las empresas

estadounidenses, por ejemplo, tienen más de 2.2 millones de millones de dólares en caja).

En un país con un Estado de derecho endeble, la rabieta contra ellas se manifiesta en forma de expropiación. No olvidemos que este mismo gobierno robó (perdón, a veces no hay calificativo más preciso) 27,000 millones de dólares de fondos de ahorros para el retiro de individuos en 2008, cuando Cristina Fernández decidió terminar con el sistema de AFJP (equivalente a las AFORE mexicanas) para reemplazarlo con un “único régimen estatal de reparto”. Así, un gobierno sin acceso a mercados de crédito internacionales se hacía de suficientes recursos para evitar un colapso económico en 2009, manteniendo incluso sus programas de subsidios. De forma similar, la enajenación de la petrolera estatal ahora le dará suficientes recursos para evitar un desplome, buscando comprar tiempo para reformar la constitución con el objeto de reelegirse en 2015, o quizá para que su hijo Máximo desarrolle un perfil que le permita volverse en algún momento el heredero de la presidencia.

Sin embargo, eso no explica por qué eligieron a Repsol-YPF entre las otras empresas. La respuesta puede estar precisamente en que, después de la muerte de Néstor Kirchner, los Eskenazi han perdido el favor de la corte (y ahora tendrán que ver cómo pagan su deuda, o se deshacen de sus acciones) y nuevas agrupaciones kirchneristas nacionalistas, como La Cámpora, tienen la simpatía de Máximo. No es casual que uno de sus miembros, el joven viceministro de Economía Axel Kicillof, esté ahora al mando de la empresa.

Los gobiernos argentinos se han mostrado incapaces de tomar decisiones a largo plazo correctas. A pesar de ello y de no tener acceso a los mercados internacionales de crédito, la economía argentina logró crecer 7.7% en promedio entre 2003 y 2011, recibiendo el

formidable beneficio del enorme salto en los precios internacionales de la soya. Sin embargo, el crecimiento que se espera se reducirá a 3% este año. A la larga, una vez que haya acabado de saquear las arcas de todas las empresas a su alcance, el gobierno de Kirchner tendrá que enfrentar una realidad incómoda al haberse vuelto, por iniciativa propia, el paria del mercado. —

FILOSOFÍA ÉTICAS DE CRISIS

RAMÓN COTA MEZA

La caída del socialismo significó no solo la desaparición de un sistema político y de una doctrina filosófica, sino el descrédito de toda forma de utopía. A partir de entonces, muy pocos siguieron creyendo en la redención del hombre por vía de regímenes políticos o de modelos sociales. La bancarrota neoliberal en curso no es el fin del capitalismo, pero sus promesas de progreso indefinido y mayor igualdad económica, política y social provocan un severo escepticismo. El mundo se ha quedado sin alternativa.

El filósofo Josu Landa encara esta decadencia del orden civilizatorio y la modernidad, e insinúa el surgimiento espontáneo de un nuevo orden ético por maduración de procesos inéditos de relaciones humanas y creaciones culturales: actos morales destinados a la realización de la persona en medio de las crisis sucesivas de la decadencia en curso (*Éticas de crisis*, 2011, disponible en Amazon). En respaldo a su intuición, Landa se remonta a las éticas surgidas en la descomposición de la democracia ateniense —cinismo, epicureísmo y estoicismo—, las cuales terminaron formando una tradición transhistórica de resistencia individual a la descomposición social.

El contexto es el periodo que va desde el derrumbe de la democracia ateniense, el ascenso de la hegemonía macedonia (c. 338 a. C.) y la



+La muerte de Sócrates (1787), de Jacques-Louis David.

guerra del Peloponeso hasta el año 30 d. C., es decir, la época helenista. La ejecución de Sócrates fue vista como “signo inequívoco de una oposición frontal entre la filosofía y la sociedad mundana, síntoma de una profunda crisis ética”. Surgieron así los “pequeños socráticos”, que toman de Sócrates la práctica de la filosofía como forma de vida, más que como doctrina o teorización. Estos pensadores dan la espalda a la polis corrupta y cultivan un individualismo radicalmente autónomo que desea enderezar la conducta humana por vía del ejemplo personal.

De las escasas fuentes disponibles se deduce un ambiente existencial muy intenso, a menudo hilarante o incómodo, cuyo parecido con actitudes modernas más o menos familiares no podemos ignorar. En los cínicos, por ejemplo, prevalece la intención de corresponder su ser con la naturaleza, similar a los *hippies* y a algunos *bomeless* actuales. La vida acorde a la naturaleza significaba un empeño de vida verdadera contra la falsedad de las convenciones: indiferencia ante las cosas exteriores, imitación de los impulsos animales, vigilancia perruna de las virtudes morales, estilo vociferante y actitudes más escandalosas aún. El cinismo filosófico difiere del cinis-

mo convencional en que acepta la marginación y condena el oportunismo, pero se parece al enfatizar lo elementalmente humano como criterio de verdad. Los cínicos no introducen ninguna novedad respecto de Sócrates, salvo la radicalización de su estilo de vida como camino de virtud. A diferencia de Sócrates, no dialogaban: irrumpían con interpelaciones cortantes y burlas mordaces para llamar la atención. Contra el estilo académico de Platón, practicaron el vagabundeo filosófico, asumiendo la verdad como sustancia encarnada en el vivir. Parecen ser los precursores de los anacoretas cristianos, que siguen la misma vía, depurada de impudicias.

Disfrutaba yo la lectura de *Éticas de crisis*, buscando similitudes con actitudes individuales radicales modernas, cuando *La ilusión occidental de la naturaleza humana*, de Marshall Sahlins (FCE, 2011), llegó a mis manos. Este breve y sustantivo ensayo antropológico estudia el mismo periodo enfocado por Landa –la guerra del Peloponeso narrada por Tucídides– para destilar la concepción del hombre-lobo-del-hombre, representada mucho después por el *Leviatán* de Thomas Hobbes, la obra de filosofía política más influyente en la época moderna. Según Sahlins, la idea

del “hombre egoísta” de Hobbes se inspira casi literalmente en la descripción de la guerra civil de Córceira por Tucídides (libro III de *La guerra del Peloponeso*).

Mientras Landa interpreta la disolución de la democracia ateniense como almáigo de éticas ejemplares radicales, Sahlins encuentra en ella el origen del individuo “maximizador”, aquel que busca extraer el mayor provecho individual de las circunstancias a expensas de sus semejantes y de su entorno. Entre ambas lecturas no hay contradicción, solo rutas distintas a partir de un conjunto de hechos de enorme influencia en el destino de la civilización occidental. Sahlins es muy penetrante al relacionar las imágenes del hombre descritas por Tucídides con la mitología antigua y las filosofías políticas contractualistas que vinieron mucho después. Hobbes, Rousseau, Santo Tomás y muchos otros vienen a quedar en el mismo bando.

Michel Foucault hizo un *tour de force* similar en los cursos conocidos como “Hermenéutica del sujeto” (Colegio de Francia) al final de su vida, los cuales empezamos a conocer en español (su publicación en Francia también es reciente). Este Foucault es distinto al Foucault conocido por sus textos abstrusos y su conducta escandalosa (cínica en sentido filosófico). Sus exposiciones son nítidas, ordenadas y muy brillantes, no sé si originales, pues se basa en textos de contemporáneos, pero proyectándolos en direcciones inesperadas. Son cinco cursos de cuatrocientas páginas cada uno, los cuales merecen ser discutidos *in extenso* no solo por su interés intrínseco, sino para obtener un cuadro más completo de su filosofía.

El título que viene al caso ahora es *El coraje de la verdad* (FCE, 2010, ed. francesa 2009), estudio del cinismo antiguo a partir de la muerte de Sócrates y la disolución de la democracia ateniense. Sin negar la merecida descalificación del cinismo por sus propios contemporáneos,

su pobreza teórica y su estridencia malsonante, Foucault rescata el modo de ser cínico como “escándalo vivo de la verdad”: forma de afirmación individual que, al no encontrar referencia ni apoyo en las estructuras políticas y comunitarias, buscó fundamento en la animalidad como exasperación de la existencia particular.

Igual que Landa, Foucault traza la continuidad de este modo de vida exacerbado hacia las diversas formas de ascetismo cristiano, pero lo extiende hasta el nihilismo ruso, las diversas formas de vida revolucionaria influidas por él y especialmente la vida del artista moderno.

La idea moderna de que la vida del artista debe constituir cierto testimonio de lo que el arte es en su verdad, el arte como irrupción de lo elemental, como puesta al desnudo de la existencia, como la forma más intensa del decir veraz, que tiene el coraje de correr el riesgo de ofender, refleja la marca de un cinismo permanente, transhistórico, con respecto a cualquier forma de arte o discurso adquirido.

“El filósofo se convierte por tanto en aquel que, por el coraje de su decir veraz, hace vibrar, a través de su vida y su palabra, el relámpago de una alteridad” (acotación del editor Frédéric Gros). La verdad brilla por momentos, encarnada en la palabra verdadera del otro. —

HISTORIA

JAMES LOCKHART, HISTORIADOR

✎ RODRIGO MARTÍNEZ BARACS

Los primeros estudios de James Lockhart son sobre el Perú: *Spanish Peru* (de 1968) y *The men of Cajamarca* (de 1972), basados en información sobre una gran cantidad de personas concretas, hombres y mujeres, de diversos oficios, tanto de la conquista del Perú como del siglo XVI. *Letters and people of the Spanish Indies* (de 1976) amplió el estudio a toda Hispanoamérica,

gracias a las cartas privadas descubiertas por Enrique Otte. Así apuntaló Lockhart la validez del método “prosopográfico” en la historia social latinoamericana.

En esta reconstrucción de vidas peruanas un gran ausente eran los indios, que Lockhart no había podido estudiar porque no encontró documentos en quechua y aymará. Lockhart vio que sí existían muchos documentos en náhuatl y otras lenguas indígenas de México y orientó hacia nuestro país su principal atención. Emprendió el estudio del náhuatl, que llegó a conocer como los grandes nahuatlato mexicanos, Miguel León-Portilla, Luis Reyes García y Alfredo López Austin. Pero Lockhart se encaminó no tanto a los grandes monumentos literarios e históricos nahuas como a los miles de documentos judiciales, documentos “cotidianos”, como los llamó, que permiten aproximarse a la vida de los indios.

Por primera vez se planteó una exigencia elemental: que para estudiar la historia de los indios coloniales es necesario, en lo posible, estudiarlos con documentos escritos en sus propias lenguas. No hacerlo es como estudiar historia de Francia sin saber francés o de Inglaterra sin saber inglés.

Consciente de que la tarea de aprovechar miles de documentos cotidianos nahuas es necesariamente colectiva, Lockhart comenzó a dar clases de náhuatl a varios discípulos y colegas, para lo cual elaboró un método, al mismo tiempo ameno, riguroso, inteligente y muy efectivo, con el que formó un cuerpo de estudiosos de los nahuas del México colonial. Las cien hojas de ejemplos intercalados en náhuatl e inglés con las que Lockhart daba sus clases, las “Lockhart’s Lessons in Older Nahuatl”, circulan hasta la fecha en decenas o cientos de fotocopias.

Solo o con colegas y discípulos, Lockhart publicó a partir de 1976 una serie de valiosos estudios históricos y filológicos y de ediciones



+ Lockhart: pasado presente.

bilingües de textos nahuas, entre los que destaco: *Beyond the codices*, *Nahuatl in the middle years*, *The Tlaxcallan Actas*, *The Bancroft dialogues*, *The Nahuas after the Conquest*, *We people here*, *The story of Guadalupe*, *Nahuas and Spaniards*, *Of things of the Indies*, *Nahuatl as written*, *Grammar of the Mexican language* (el *Arte de Carochi*) y *Annals of our time* (el *Diario de Chimalpáhin*), entre otros, sin mencionar los libros escritos por alumnos bajo la cercana supervisión del maestro, algunos tan importantes como el *Analytical Dictionary of Nahuatl* de Frances Karttunen.

Recientemente, discípulos de Lockhart emprendieron el estudio de otras lenguas, como el maya y el mixteco, para estudiar por primera vez a los mayas y mixtecos coloniales con documentos escritos por ellos en su idioma.

Orientar sus trabajos hacia México permitió a Lockhart concebir una metodología que abrió una importante veta de análisis de la historia regional del México colonial. Aunque se concentró en los documentos en náhuatl, Lockhart no cayó en una visión aislada de los pueblos de indios, pues los concibió siempre en cambiante relación con los españoles y los otros grupos. Y precisamente la relación cuantitativa y cualitativa de los indios con los no indios le dio la clave para proponer una regionalización analítica y heurística de la Nueva España, basada en el modelo de tres regiones básicas, Sur, Centro y Norte, que expuso en la compilación *Pro-*

vinces of early Mexico, hecha con Ida Altman, también de 1976.

La característica básica del Sur es que, pese a la catástrofe demográfica, quedan muchos indios y hay pocos españoles, pues no hay minas de plata, por lo que las haciendas crecieron poco, y los indios, sin dejar de ser explotados, conservaron más y por más tiempo su identidad corporativa. En el Centro, con muchos indios y muchos españoles, se dio una fuerte interacción de las haciendas, empresas y ciudades españolas con los pueblos de indios. En el Norte, donde hay relativamente muchos españoles y pocos indios, crecieron las haciendas, particularmente cerca de los grandes mercados que son los centros urbanos, directa o indirectamente vinculados a la minería. Estas grandes diferencias permiten tratar de entender y matizar en términos regionales el paradigma establecido por Borah y Chevalier de transición (de la encomienda a la hacienda) en el siglo XVI y de evolución de la economía colonial (depresión y reacomodo en el XVII, crecimiento en el XVIII). Es curioso que nunca se tradujera al español *Provinces of early Mexico*, gran contribución de Lockhart a la historia regional novohispana.

Esta perspectiva analítica regional le dio la clave para organizar la estructura de una síntesis amplia de la historia de la América Latina colonial que evitara el sinsentido de una división en virreinos y unidades políticas. El resultado fue el gran *Early Latin America* (de 1983), escrito con Stuart B. Schwartz.

El estudio de los documentos en náhuatl llevó a Lockhart a otra contribución analítica básica para la historia regional: el *altépetl*, ya tratado a partir de documentos en español por Charles Gibson, que los llamó *tlatoani towns*. Se refiere tanto a los señoríos o reinos del periodo prehispánico como a los pueblos de indios del periodo colonial, unidad territorial mesoamericana básica hasta la Independencia (como lo

mostró el libro de Eric Van Young) y aun después. El concepto de *altépetl* cuestiona la polaridad historiográfica preexistente entre el gran imperio mexica y el pequeño *calpulli* comunitario, y permite redimensionar los grandes cambios que trajo la conquista y los cambios graduales de los siglos siguientes.

Los principios básicos del *altépetl*, como el de la organización celular, tratados por Lockhart en su gran obra de 1992, *The Nahuas after the Conquest*, están presentes en varios niveles en la vida de los nahuas: familia, lenguaje, arte, visión del mundo, etc. Al mismo tiempo, la periodización que Lockhart encontró junto con Frances Karttunen de la lengua náhuatl en tres fases, basada en la frecuencia y tipo de interacción de los nahuas con los españoles, encontró en *The Nahuas after the Conquest* una correspondencia en los otros niveles de la vida de los indios, económicos, sociales, políticos, religiosos, culturales. Otra vez, la clave analítica, tanto de la periodización como de la regionalización, es el tipo de relaciones de los indios con los españoles que se producen en cada circunstancia particular. Así, Lockhart vio la *double mistaken identity*, identificación equivocada de los indios y españoles frente a frente, que da una clave para entender los tipos de acomodo que se dieron entre ambos.

Sentí gran emoción al ver y oír a Jim Lockhart en el breve video que se grabó hace poco en su casa de los bosques de California, que nos restituye su generosa voz de maestro y amigo, siempre presente en cada uno de sus escritos. —

ARTE CONTEMPORÁNEO EDIPO REY

GAËLLE LE CALVEZ

Quinientos veintiocho bares, cuarenta y una iglesias, seis centros culturales. Son los números que definen Acapulco. Su

naturaleza infiel y nocturna. Su doble moral perpetuada por una educación católica que favorece siempre las fachadas, como esas estructuras que se construyeron sin ninguna planeación ni congruencia y que ya abandonadas permanecen de pie en vez de ser derruidas, como testigos de su propia decadencia. Acapulco, más allá de sus *resorts* exclusivos y sus hoteles-boutique, tiene ese dejo de ciudad detenida en el tiempo.

Es ahí donde comienza el trabajo de Carlos Aguirre (Acapulco, 1948). Su exposición *Vuelta prohibida*, la primera del artista acapulqueño en el puerto, inicia como un viaje de regreso a su tierra de origen. Ingeniero industrial de profesión, Aguirre se formó como artista en la Central School of Art and Design en Londres de 1974 a 1976. Cuando regresó a México, lo invitaron a formar parte del Grupo Pentágono al lado de Víctor Muñoz, José Antonio Hernández y Carlos Fink, que sentaron las bases de lo que todavía hoy sostiene el discurso de generaciones posteriores nacidas en los sesenta y setenta. Un arte que deja a un lado los medios tradicionales (escultura, pintura) para incorporar otros lenguajes y vincularse directamente con su entorno político y social.

Invitar a un artista acapulqueño con una postura crítica definida y una relación ambigua de amor-odio hacia Acapulco muestra una intención de polemizar, crear un diálogo o al menos dejar que el conflicto se asome. Porque para eso es bueno Aguirre: para zarandear, cuestionar y situar al espectador adentro de la obra, como un personaje más.

Dentro del cubo transparente que es la enorme Gran Galería ubicada en la Costera Miguel Alemán, se entra en la exposición como quien entra en una ficción *in medias res*: arrojados al centro de la escena, vulnerables, desarmados como cuando una persona del público es invitada al escenario a improvisar. Por dónde y cómo empezar a descifrar, a leer, a relacionar; qué reco-



+ Carlos Aguirre vuelve a Acapulco.

rrido escoger en una exposición que no es una historia y tampoco es una ficción.

Al entrar en la sala hay un rectángulo –altar o tumba– cavado en el piso de mármol de la galería con una sentencia en mayúsculas “PERO ENTONCES/ ES TA DEMASIADO TARDE”. La incisión –caso herida– está llena de arena amarilla, acapulqueña, fría. El origen. O el final. A un lado una imagen idílica del Acapulco perdido, un tríptico enmarcado en una caja de luz que muestra el paisaje casi virgen de los años veinte y, flanqueándolo, tres fotografías panorámicas desde el mismo punto de vista que muestran el paisaje transformado, tomadas por los hermanos Aldo y Arturo Crispín, dos de los cinco artistas acapulqueños invitados a colaborar con Aguirre.

Del techo cuelgan seis velas blancas y frases de neón como las que se encuentran a la entrada de los antros, en el frente o detrás de los camiones o de los yates: “Solo mujeres sexis no arañas”, “Flojito y cooperando”, “De todos modos van a hablar”. Frases que enmarcan y fragmentan el espacio. La atmósfera escandalosa y abiertamente sexual del tugurio sugerida por el neón se torna perversa al rozarse de manera tan natural con lo supuestamente sagrado: una cruz de metal con los nombres de dos lasallistas.

La ideología machista y conservadora está representada en cada

una de las frases que se repiten, donde se reconocen todos: la farándula, la iglesia, la clase media, los políticos, los acapulqueños y los turistas. Hay expresiones de las jergas locales y extranjeras; en inglés y afrancesadas (Aguirre es de padre francés y madre americana). El habla de antes y el de ahora. Todos los tiempos, todas las clases sociales yuxtapuestas.

En contraste, las velas blancas perfectamente estiradas evocan el mar y esa sensación de libertad reservada para los privilegiados. Suspendingos sobre las velas se proyectan dos videos realizados por Yadin Rodríguez y Ulises Barreda, *16 41* y *Ensayo sobre la línea discontinua (Acapulco I)*, respectivamente, en los que cuestionan la representación de su ciudad: el paso del tiempo y la destrucción de Acapulco, la imposibilidad de tener una imagen fija del territorio.

La palabra como recurso no es una novedad en la obra de este artista visual, como bien ha señalado Ana Elena Mallet: “Aguirre ha apostado por una evolución estética, escudriñando de manera obsesiva los terrenos semántico y lingüístico.” Las voces anónimas o los fantasmas pueblan el vacío del espacio con cuchicheos y conversaciones. Ahí, todavía al centro, el espacio de la galería está cargado de imágenes y sonidos que generan a su vez una sensación de encierro, como si el yate en el que navega el espectador estuviera anclado en la tierra.

Tanto es así que pesa moverse del centro para llegar al mural del fondo, donde todavía hay que acercarse para discernir entre objetos personales, periódicos y las cifras, que hablan por sí solas: 528 bares, 41 iglesias, 6 centros culturales. Más allá de lo anecdótico, en el mismo mural donde está representado un mapa de Acapulco fragmentado, se encuentran también en retazos libros cortados, la Biblia de su madre, postales, periódicos que pretenden ser quemados, enterra-

dos detrás de una gran X que bien podría ser una cruz...

La falsa salida es el camión intervenido, una pieza colateral hecha en colaboración con Natalia Velazco, que realiza su ruta cotidiana por tierra (ruta Base-Caleta) mientras al fondo se muestra un video de Oliver, el chofer, haciendo el mismo recorrido por agua, en un velero.

Como Edipo, el chofer no puede ver el mundo –el mar– y sin embargo es quien mejor lo conoce. Con sus limitaciones y su machismo a cuestas, acompaña a los otros a través del viaje. Si bien apenas se sugiere la violencia que ha vivido el puerto en los últimos tiempos, esta es la figura que protege y guía. Marginado y aislado, recrea en un espacio paralelo –su lugar de trabajo en el que pasa la mayor parte de su vida– su paraíso. Objetos familiares, una silla acapulco y una pieza sonora realizada por Jorge Marrón recuperan la identidad perdida, el orgullo de sentirse acapulqueño.

Al descender a los propios infiernos, el artista autoexiliado los exorciza y se libera. Y si logra mantener una tensión justa en su obra es gracias al humor, la ironía y los guiños que ponen en perspectiva al autor. La narrativa no es lineal, no cuenta una historia, sino que genera sensaciones e ideas a partir de un discurso estructurado y profundamente emotivo. (“Al salir de la exposición la gente no felicitaba sino que daba las gracias”, cuenta el artista.)

Vuelta prohibida es una síntesis de la memoria personal del artista y del Acapulco que guardamos en eso llamado inconciente colectivo: la playa, la piña colada, el paracoste y la *disco beach*. La vista iluminada de la bahía. Los torneos de *paddle* y sus canchas, de donde brincaron precisamente la dupla de curadoras, Lorena Marrón y Jeanette Rojas Dib (pareja de ex campeonas en este deporte), dispuestas a cambiar la percepción del Acapulco actual a través del arte. —